

á respetar aquí al Señor en cuya presencia un gran rey, dueño del universo, por decirlo así, baja su cabeza y se olvida de toda su majestad, enseñándonos solamente á valernos de su religion y de los favores con que honra á la virtud, para valernos de ésta, con el fin de subir por este medio á nuevos grados de grandeza en la tierra. ¡Oh Dios mio! no es esto lo que anunciábais á vuestros discípulos cuando les decíais que vendria tiempo en que se apagaria la fe, en que serviria la devocion de vergonzoso comercio, y en que viviendo los hombres en la tierra sin Dios, no os conocerian mas que para haceros servir á sus injustos deseos!

Esta disposicion de abatimiento tambien encierra en sí un espíritu de oracion, porque cuanto mas admiramos aquí la grandeza y el poder del Dios que adoramos, tanto mas nos avisan nuestras infinitas necesidades que recurramos á Aquel de quien solamente podemos conseguir la libertad y el remedio. Por eso el templo es la casa de oracion, á la que todos deben venir á exponer al Señor sus mas ocultas miserias; en donde con súplicas comunes se le aplaca en órden á las calamidades públicas; en donde juntos los ministros levantan las manos por los pecados del pueblo, y en donde los ojos del Señor siempre están abiertos para ver nuestras necesidades, y sus oidos atentos á nuestros clamores.

No quiero decir que no se pueda orar en todas partes, como dice el apóstol; pero el templo es el lugar en donde el Señor se manifiesta mas propicio, y en donde nos ha prometido estar siempre presente para oír nuestras súplicas y recibir nuestros respetos. Sí, católicos, aquí es á donde debemos venir á llorar con la Iglesia los escándalos que la afligen, las divisiones que la despedazan, los peli-

gros que la rodean, la obstinacion de los pecadores y la tibieza de la caridad entre los fieles; aquí venimos á implorar con ella las misericordias del Señor para su pueblo, que proteja á esta monarquía, cuyos soberanos se honran con el augusto título de la fe, y al príncipe que es su protector y modelo; á pedirle que cesen las guerras y los públicos castigos, la extincion de los cismas y errores, el conocimiento y el amor de la justicia y de la verdad para los pecadores y la perseverancia para los justos. Debeis, pues, venir aquí con un espíritu atento y recogido, con un corazon dispuesto y que no presente cosa alguna á la vista de Dios que pueda apartar las gracias que la Iglesia solicita para vosotros, y presentaros con un exterior humilde que demuestre que está adorando y suplicando.

No obstante, católicos, mientras que los ministros al redor del altar levantan aquí las manos por vosotros, mientras piden la prosperidad de vuestras casas, la abundancia de vuestros campos, la felicidad de vuestros ejércitos, la conservacion de vuestros parientes y de vuestros hijos, que exponen su vida por el bien del Estado; mientras piden el fin de las guerras, de las disensiones y de todas las desgracias que nos afligen, el remedio de vuestras caidas y los socorros para vuestra flaqueza; mientras que están hablando á favor vuestro con un Dios santo, vosotros no os dignais ni aun de acompañar sus oraciones con vuestra atencion y respeto; deshonrais la santa gravedad de los gemidos de la Iglesia con un espíritu distraido y con unas indecencias que apenas podrian tolerarse en aquellos infames lugares donde vais á oír las canciones profanas, sin que haya mas distincion que el que allí una armonía lasciva os mueve y os hace estar atentos, y aquí estais impacientes oyendo la santa armonía de los divinos

cánticos, y para haceros atender es preciso valerse de los mismos atractivos, y muchas veces de las mismas bocas que corrompen todos los dias los corazones en los teatros impuros y lascivos.

Por eso, católicos, en vez de que las públicas oraciones debieran detener el brazo del Señor, que ha tanto tiempo está levantado sobre nuestras cabezas; en vez de que las rogativas pídas por el príncipe y mandadas por los pastores, y que por todas partes resuenan en nuestros templos, debieran, como antiguamente, suspender los castigos del cielo, traernos unos dias serenos y tranquilos, reconciliar los reyes y los pueblos, y hacer que bajase la paz del cielo y la tierra; ¡oh! aun duran los dias malos, los tiempos de turbacion, de luto y de desolacion no se acaban, la guerra y el furor parece que han establecido para siempre su morada entre los hombres. La esposa desconsolada pide su esposo, el padre afligido espera en vano á su hijo, el hermano vive separado de su hermano. Aun nuestras mismas felicidades se visten de luto, y nos vemos precisados á llorar nuestras propias victorias. ¿De qué proviene esto, católicos? ¡Ah! proviene de que no son oidas las oraciones de la Iglesia, que son el único principio de las gracias que Dios derrama sobre los reinos y sobre los imperios, y en que obligais al Señor á que aparte sus oidos y sus ojos por las irreverencias con que las acompañais, haciendo que sean inútiles para la tierra.

Pero no solamente debeis presentaros aquí, católicos, como quien suplica y con un espíritu de oracion por ser este el lugar en donde el Señor derrama sus favores y sus gracias, sino que como aquí se renueva tambien la memoria de las que habeis recibido, debeis venir con un espíritu de reconocimiento y de accion de gracias, pues á cualquiera

parte que volvais la vista todo os acuerda los beneficios de Dios y os representa sus eternas misericordias con vuestras almas.

Y primeramente, aquí es donde os hicisteis fieles con el sacramento que nos reengendra, aquí fué donde la bondad de Dios, uniéndoos por el bautismo á la esperanza de Jesucristo, os distinguió de tantos bárbaros que no le conocen y de tantos herejes que aunque le conocen, no le glorifican como deben; aquí fué donde prometisteis al Señor vuestra fe, y aun se conservan escritas sobre el altar vuestras promesas; aquí está el libro de la alianza que contrajisteis con el Dios de vuestros padres; y así no debeis venir aquí sino para ratificar las promesas de vuestro bautismo y para dar gracias al Señor por el inestimable beneficio que os hizo en asociaros á su pueblo y honraros con el nombre de cristianos; debeis conservar un amor tierno y un respeto filial al dichoso seno de que nacisteis en Jesucristo, y la gloria de esta casa debe ser gloria vuestra.

¿Qué haceis, pues, cuando en lugar de ofrecer á los piés de los altares vuestras acciones de gracias á vista de un tan señalado beneficio, venís á deshonorarlos con vuestras irreverencias? Sois unos hijos desnaturalizados que profanais el lugar de vuestro nacimiento segun la fe; unos cristianos pérfidos que venís á retractar vuestras promesas delante de los mismos altares que fueron testigos de ellas, que venís á romper el tratado en el mismo sagrado lugar en que se hizo, á borraros del libro de la vida donde estaba escrito vuestro nombre con los de los fieles, á abjurar la religion de Jesucristo en la misma fuente en donde la recibisteis, á hacer gala de las pompas del siglo al pié del altar donde solemnemente las renunciásteis, y hacer profesion del mundo en donde la habíais hecho del cristianismo.

Aun no lo he dicho todo. Tambien en este santo lugar se ven por todas partes tribunales de reconciliacion y de misericordia, en donde tantas veces habeis dejado el vergonzoso depósito de las infidelidades con que habeis manchado la gracia de vuestro bautismo y humillado la cabeza debajo de la sagrada mano que os ha justificado con la virtud del santo ministerio; aquí es donde mil veces os ha dicho Jesucristo por boca de sus ministros: Hijo, tus pecados quedan perdonados; vé en paz y no vuelvas á pecar en adelante, no sea que te suceda alguna cosa peor. Aquí es donde deshechos en lágrimas le habeis dicho muchas veces: Padre mio, yo pequé contra el cielo y contra vos. ¿Y es posible, católicos, que en el mismo lugar en que tantas veces habeis hallado la gracia del perdon, no solo os habeis de olvidar del beneficio, sino que habeis de venir á empezar de nuevo vuestras ofensas? ¿aquí mismo donde tantas veces habeis detestado las miradas que fueron tan funestas á vuestra inocencia, habeis de venir á renovarlas, y aquí, finalmente, en donde tantas veces os habeis manifestado penitente, habeis de parecer aún mundano y profano? ¡Ah! ¿en vez de venir aquí á reconocer en los sagrados tribunales los desórdenes de vuestra vida, en vez de venir á renovar á su vista aquellas promesas de penitencia, aquellos sentimientos de compuncion, aquellos movimientos de confusion y vergüenza, de que tantas veces han sido depositarios; venís con la cabeza levantada, mirando á todas partes, y acaso, como se explica el apóstol, con los ojos llenos de delitos y adulterios, á renovar en su presencia las mismas infidelidades que allí habian expiado vuestras lágrimas, y hacerlos públicos testigos de las mismas prevaricaciones de que habian sido los secretos confidentes y el feliz remedio?

¿Qué mas he de decir, católicos! El templo, en tercer lugar, es la casa de la verdad y de la doctrina; aquí es donde por boca de los pastores os anuncia la Iglesia las máximas de la eterna salud y los misterios del reino de los cielos, ignorados de tantas naciones infieles, lo que debe ser para vosotros nuevo motivo de agradecimiento. ¡Pero ay! que mas os sirve de motivo de condenacion: aquí mismo donde desde los púlpitos cristianos os decimos todos los dias de parte de Jesucristo, que los impuros no poseerán el reino de los cielos, venís á formar deseos profanos; aquí mismo donde se os advierte que habeis de dar cuenta hasta de una palabra ociosa, venís á proferir palabras de pecado; aquí mismo, finalmente, en donde os anunciamos que el que escandaliza será desgraciado, venís á servir vosotros mismos de tropiezo y de escándalo. ¿Por qué os parece, católicos, que la palabra del Evangelio que predicamos á los príncipes y grandes de la tierra, no es mas que un metal que suena, y que es ya casi inútil nuestro ministerio? Bien puede suceder que vuestras ocultas flaquezas sirvan de obstáculo al fruto y adelantamiento del Evangelio, y que Dios no eche su bendicion á un ministerio cuyos ministros son desagradables á sus ojos; pero además de esta razon de tanto abatimiento para nosotros, la que á la verdad no podemos disimularos, ni disimularla á nosotros mismos, la profanacion de los templos y el indecente y poco respetuoso modo con que asistís á ellos para oirnos, acaban de quitar su fuerza y su virtud á la palabra de que somos ministros. El Señor, apartándose de este santo lugar por vuestras profanaciones, ya no da en él las gracias, que son las únicas causas de que fructifiquen su doctrina y su palabra. No mira estas asambleas, santas en otro tiempo, mas que como una concurrencia de mundanos, de sensuales, de ambi-

ciosos y de profanadores. ¿Pues cómo quereis que no aparte de aquí su vista y que aquí fructifique la palabra de su Evangelio? Reconciliad primeramente con él estas casas de verdad y de doctrina por medio de vuestros respetos, con vuestro recogimiento y devocion, y entonces el mismo Señor suplirá nuestros defectos, abrirá vuestro corazon para que reciba nuestras instrucciones, y su palabra no se volverá á él vacía.

Y á la verdad, católicos, ¿de qué sirven las dedicaciones de los templos y las oraciones tan solemnes que usa la Iglesia para consagrarlos, si vosotros los profanais todos los dias con vuestra asistencia, y si borrais de estas paredes aquellos caracteres de santidad y de oracion que en ellas dejaron las bendiciones del pontífice y que atraian sobre los asistentes las propicias miradas del Dios que aquí se invoca?

Pero finalmente, diré el último motivo que hace que vuestras irreverencias sean aun mas culpables y mas vergonzosas á la religion: venís al templo á ofrecer en algun modo con el sacerdote el terrible sacrificio, á renovar la oblacion de la cruz, y á presentar á Dios la sangre de su Hijo como precio de vuestros pecados; y vosotros, católicos, mientras que se celebran unos misterios tan augustps, mientras duran aquellos terribles momentos en que se abre el cielo sobre nuestros altares; en un tiempo en que se trata el negocio de vuestra eterna salud entre Jesucristo y su Padre; mientras que la sangre del Cordero corre sobre el altar para lavar vuestras manchas; mientras que los ángeles del cielo tiemblan y adoran; cuando la gravedad de los ministros, la majestad de las ceremonias y aun la piedad de los verdaderos fieles, que todo inspira terror, la reconocen y respetan, apenas doblais la rodilla, apenas mirais hácia el al-

tar santo, en donde se consuman por vosotros unos misterios tan felices; estais en el templo como forzados, medís la duracion y lo largo del sacrificio saludable, contais los momentos de un tiempo tan precioso para la tierra y tan lleno de maravillas y de gracias para los hombres. Vosotros á quienes estorba tanto el tiempo, que le gastais inútilmente y que casi no sabeis en qué emplearle, ¿os quejais de la santa gravedad del ministro y de la circunspeccion con que trata las cosas santas! ¡Ah! ¿quereis que vuestros esclavos os sirvan con tanto respeto y precaucion, y habeis de querer al mismo tiempo que un sacerdote revestido de toda su dignidad, que un sacerdote que representa á Jesucristo y que hace su oficio de mediador y de pontífice con su Padre celestial, trate precipitadamente los santos misterios y deshonne la presencia del Dios á quien está sirviendo, y que haga el sacrificio con una celeridad escandalosa? ¡Oh Dios mio! ¿á qué tiempo hemos llegado? ¿quién habia de creer que vuestros mas preciosos y mas señalados beneficios habian de llegar á ser molestos á los cristianos de nuestros siglos?

¡Ah! los primeros fieles, que á diferentes horas del dia se juntaban en el templo á vista de su pastor para celebrar allí las alabanzas del Señor con himnos y cánticos, y que casi no salian de aquellos sagrados lugares, se apartaban de ellos con pesar para cumplir con los negocios del siglo y con las obligaciones de su estado. ¡Qué delicia seria, católicos, el ver en aquellos felices tiempos la asamblea santa de los fieles en la casa de oracion, colocado cada uno en el lugar que correspondia á su estado! En una parte los solitarios, los santos confesores y los simples fieles; en otra las vírgenes, las viudas y las mujeres ligadas con el santo vínculo del matrimonio; todos atentos á los santos misterios.

rios, todos mirando con lágrimas de gozo y de religion cómo corría sobre el altar la sangre del Cordero que aun humeaba, por decirlo así, y que poco antes habia sido crucificado á su vista; rogando por los príncipes, por los césares, por sus perseguidores, por sus hermanos, exhortándose mutuamente al martirio, gustando el consuelo de las divinas Escrituras explicadas por sus santos pastores, y figurando en la Iglesia de la tierra la alegría, la paz, la inocencia y el profundo recogimiento de la Iglesia del cielo. ¡Qué hermosas y qué resplandecientes eran entonces las tiendas de Jacob, aun estando como estaba la Iglesia oprimida y oscurecida! Aun los enemigos de la fe, los mismos profetas de los ídolos, viendo su buen orden, su majestad y su inocencia, no podían menos de admirarlos y respetarlos, y hoy los mas rápidos momentos que aquí consagrais á la religion y que debieran santificar lo restante de vuestros dias, suelen ser ellos mismos vuestros mas graves delitos.

Finalmente, católicos, es necesario añadir á todas estas disposiciones de oracion, de adoracion y de reconocimiento que os pide la santidad de nuestros templos, la modestia exterior y la decencia de nuestros adornos y galas, que es la última disposicion de los bienaventurados en el templo celestial. *Amicti stolis albis*.<sup>1</sup> Seré muy breve.

¿Es posible, mujeres del mundo, pues á vosotras es á quienes principalmente se dirige esta parte de mi discurso, es posible, vuelvo á decir, que haya de haber necesidad de instruiros en este asunto? ¿Qué fin tiene todo ese aparato, no digo solamente de fausto y de vanidad, sino de inmodestia y de disolucion, con que os presentais en esta casa de oracion y de lágrimas? ¿Venís á disputar á Jesucristo las aten-

<sup>1</sup> Apocalip. 7. v. 9.

ciones y los respetos de los que le adoran? ¿Venís á insultar los misterios que obran la salud de los fieles, intentando corromper su corazon al pié de los altares en donde se ofrecen por ellos estos misterios? ¿Quereis que no haya lugar alguno en la tierra, ni aun el mismo templo, asilo de la religion y de la piedad, en que la inocencia pueda estar defendida de vuestra profana y lasciva desnudez? ¿No teneis en el mundo bastantes teatros impuros, bastantes asambleas de deleites, en que poder gloriaros de ser la piedra de escándalo para vuestros prójimos? Vuestras mismas casas abiertas á la diversion y á la alegría, ¿no son suficientes para que os dejéis ver en ellas con una indecencia que en otro tiempo solamente convendria á las casas de disolucion y de escándalo? Esto da motivo á que no respetándoos vosotras á vosotras mismas, se os falte al respeto de que ha sido siempre tan celosa la política de nuestra nacion, porque solamente el pudor merece ser venerado. *Numquid domos non habetis ad manducandum, et bibendum?*<sup>1</sup> Como reprendia San Pablo antiguamente á los fieles: ¿es posible que aun habeis de manchar el santo templo con vuestras inmodestias? ¡Ah! cuando os presentais en los palacios donde habita el soberano, dais á entender con la dignidad y decencia del vestido grave y sério, el respeto que debeis á la majestad de su presencia; ¿y delante del Soberano del cielo y de la tierra os habeis de presentar sin precaucion, sin decencia y sin modestia? ¿y habeis de parecer á su vista con una desvergüenza que ofende aun á los ojos prudentes y juiciosos? Venís á turbar la atencion de los fieles, que creian hallar aquí un lugar de paz y de silencio y un asilo contra todos los objetos de la vanidad, y aun á turbar

<sup>1</sup> 1. Corinth. 11. v. 22.